

FORMACIÓN PSICOANALÍTICA E HISTORICIDAD: UNA LECTURA SINTOMÁTICA DE SU ACTUALIDAD Y PORVENIR

*PSYCHOANALYTIC TRAINING AND HISTORICITY:
A SYMPTOMATIC READING OF
ITS ACTUALITY AND FUTURE*

*FORMAÇÃO PSICANALÍTICA E HISTORICIDADE:
UMA LEITURA SINTOMÁTICA DA
SUA ACTUALIDADE SEU FUTURO*

Facundo Blestcher

Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología
de la Infancia y la Adolescencia

Buenos Aires, Argentina

Correo electrónico: facundoblestcher@gmail.com

ORCID: 0000-0002-3515-8719

Recibido: 22/3/2022

Aceptado: 19/4/2022

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

BLESTCHER, F. (2022). Formación psicoanalítica e historicidad: una lectura sintomática de su actualidad y porvenir. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 3(1), 117-134. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/e3.1.8

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

La formación psicoanalítica se inscribe en el horizonte de la historicidad y sus dispositivos se hallan afectados por las transformaciones sociales contemporáneas. Una lectura sintomática de sus montajes y un trabajo sobre sus fundamentos epistemológicos resultan necesarios para superar el dogmatismo, el eclecticismo, la burocratización burguesa, la fractura entre teorías y prácticas y la despolitización y deshistorización que signan el artefacto formativo, permitiendo que las nuevas generaciones de analistas se sitúen con relación en una transmisión que las impulse a generar nuevas interrogaciones, producir conocimientos y explorar herramientas innovadoras que mantengan vivo nuestro oficio.

Palabras clave: formación psicoanalítica, epistemología, enseñanza del psicoanálisis, historia.

Abstract

Psychoanalytic training is inscribed in the horizon of historicity and its devices are affected by contemporary social transformations. A symptomatic reading of its assemblies and a work on its epistemological foundations are necessary to overcome dogmatism, eclecticism, bourgeois bureaucratization, the fracture between theories and practices and the depoliticization and dehistoricization that mark the training artifact, allowing new generations of analysts to situate themselves in relation to a transmission that encourages them to generate new questions, produce knowledge and explore innovative tools to keep our job alive.

Keywords: psychoanalytic training, epistemology, psychoanalytic teaching, history.

Resumo

A formação psicanalítica faz parte do horizonte da historicidade e seus dispositivos são fortemente afetados pelas transformações sociais contemporâneas. São necessários uma leitura sintomática de suas estruturas e um trabalho sobre seus fundamentos epistemológicos para superar o dogmatismo, o ecletismo, a burocratização burguesa, a fratura entre teorias e práticas, bem como a despolitização e deshistoricização que marcam o aparelho formativo. Dessa forma, permite-se que as novas gerações de psicanalistas se posicionem em relação a uma transmissão que as impele a gerar novas questões, produzir conhecimento e explorar ferramentas inovadoras que mantenham nosso ofício vivo.

Palavras-chave: formação, psicanalítica, epistemologia, ensino da psicanálise, história.

La preparación para la actividad analítica no es nada fácil ni simple,
el trabajo es duro y grande la responsabilidad.

Sigmund Freud (1999c, p. 213)

Mi mayor anhelo sería que quien recibiera lo que hoy tan trabajosamente
garabateamos pensase al menos que fuimos parte, junto a otras disciplinas,
del mayor intento realizado en nuestra época por conocer y transformar algo
de la condición humana, y, fundamentalmente, que esa tarea intelectual fue

investida con cierta dignidad.

Silvia Bleichmar (1997, p. 17).

En las vísperas del siglo que nos encontramos atravesando —momento que, como todo fin de milenio, convocaba al balance y a la perspectiva—, invitada a imaginar un psicoanalista en el 2050, Silvia Bleichmar (1996) señalaba:

Antes de definir cómo serán los psicoanalistas del 2050, debemos saber si están dadas las condiciones para que haya psicoanalistas en el 2050: qué aptitudes tiene el psicoanálisis, en tanto región del conocimiento, de engendrar nuevas ideas, y qué opciones tenemos los psicoanalistas de fines del siglo xx de reproducirnos en nuevas capas fecundas intelectualmente son cuestiones ambas que separan el estrecho margen que puede abrirse entre el desaliento y la esperanza. (p. 46)

Ya recorridas las primeras décadas del siglo XXI, a contrapelo del tan proclamado fin de la historia, en medio de la amenaza de una catástrofe a

escala planetaria —en la conjunción dramática de capitalismo financiero globalizado, destrucción de la naturaleza, pandemia, conflictos bélicos, intensificaciones de los fundamentalismos, incremento de las desigualdades y mutaciones en las formas de la crueldad, entre otros— se inscriben nuestros esfuerzos por sostener una praxis que apunta a mitigar el sufrimiento humano y el *malestar sobrante* que estas condiciones generan (Bleichmar, 2005). Y la formación de quienes la ejercemos no queda al margen de las tensiones, conflictos y posibilidades que signan los procesos históricos en curso.

Cuando aludimos a la formación psicoanalítica, resulta frecuente la referencia al conocido trípode freudiano: análisis personal, formación teórica y supervisión clínica (Freud, 1913/1999a, 1926/1999c). Existe un cierto acuerdo acerca de la pertinencia de estas exigencias, a las que sumamos el intercambio entre colegas como soporte del lazo social entre analistas y fuente de enriquecimiento de conocimientos y prácticas. Sin embargo, son notorias también las controversias en torno a cada uno de los elementos constitutivos de este artefacto, sobre todo en lo que concierne a sus formas instituidas e institucionalizadas: la no equivalencia forzosa entre análisis personal y el llamado análisis didáctico definido en el marco de las instituciones oficiales, con sus contradicciones en cuanto a la concepción de las metas del proceso analítico (Laplanche, 2001); el alcance atribuido a la supervisión, control, covisión o metavisión —advirtiendo que la diferencia terminológica recoge distintos sesgos de este dispositivo y de las relaciones de poder que lo subtienden—; las problemáticas derivadas de los procedimientos, pasibles de ser cuestionados, para el reconocimiento y autorización de quienes aspiran a obtener la admisión o alcanzar la habilitación institucional para el ejercicio de la práctica psicoanalítica, con sus sistemas de jerarquías, estándares y prescripciones (Dagfal y González, 2012); la distinción entre enseñanza y transmisión, que recoge la singular alquimia entre ciencia y arte característica del psicoanálisis.

Estos dispositivos de formación, lejos de tratarse de aparatos de carácter universal y transhistórico, se hallan fuertemente intervenidos por las conmociones que se experimentan en el horizonte social. Quienes transitamos y trajinamos las instituciones psicoanalíticas, apostando a la significatividad de la producción colectiva y de la transmisión como recuperación de la experiencia, advertimos el impacto que generan la dispersión de las transferencias —interpersonales e institucionales—, la captura de la enseñanza por el régimen universitario, la pauperización de la vida que conduce a una menor disponibilidad de recursos —no solo económicos— para el investimento de la formación, entre otros factores que ponen a prueba nuestros proyectos y expectativas.

Nuevos fenómenos emergen en un contexto de metamorfosis histórica y de redefinición de los procesos de producción de subjetividades. En este marco, se nos impone la exigencia de una lectura sintomática de la formación psicoanalítica: someter la formación y su maquinaria a las herramientas mismas del psicoanálisis, localizar sus síntomas y resistencias, resolver sus impases y encontrar nuevos caminos de simbolización que permitan preservar su fecundidad y vigencia. Porque si nuestra teórica y nuestra praxis son legítimas y necesarias, no lo son en sí y perennemente, sino en la medida en que podemos ponerlas a trabajar para rescatar su capacidad de comprensión y transformación de las condiciones del padecimiento psíquico.

UNA LECTURA SINTOMÁTICA DE LA FORMACIÓN PSICOANALÍTICA Y SUS MONTAJES

De los múltiples problemas que pueden analizarse, me interesa detenerme en algunos aspectos epistemológicos de la formación psicoanalítica,

cuyas incidencias clínicas, éticas y políticas se revelan como cruciales en la actualidad.

En primer lugar, podemos observar que cada vez que el psicoanálisis se encuentra ante fenómenos que parecen concernir a su campo se instala una encrucijada: hay quienes consideran que nada nuevo puede producirse, dado que las posibilidades combinatorias en términos estructurales se hallarían restringidas *a priori*, por lo cual lo aparentemente nuevo comportaría solo una variación de lo ya existente; mientras que otras posiciones alientan la ilusión de una novedad continua en la que las determinaciones resultan difícilmente cercables y lo permanente se pulveriza en un relativismo de escasa relevancia explicativa. De esta tensión surgen muy diversos intentos de solución, más o menos conciliatorios, que tienen efectos epistémicos en la producción teórica e implicancias ético-políticas en las intervenciones clínicas.

Frente a estas alternativas, podemos identificar un primer síntoma consistente en el reforzamiento del dogmatismo. La formación queda, en muchas ocasiones, signada por una repetición dogmática —hasta litúrgica— de conceptos canónicos que abroquelan los marcos de comprensión en fórmulas consensuales que, aun provocando cierta sensación de alivio y de reconocimiento en el estamento de pertenencia, se muestran como insuficientes para la aproximación a las problemáticas contemporáneas. Desde esta posición se apela de forma permanente al recurso a la autoridad a partir de lecturas doctrinarias de los grandes textos psicoanalíticos como si se tratara de libros sagrados cuya vigencia no se cuestiona. De esta manera, se refuerza una sujeción devocional a quien ejerce el magisterio como si la verdad ya hubiera sido revelada una vez y para siempre. En tanto «ya todo ha sido dicho», el montaje formativo se erige en baluarte de la tradición bajo el ejercicio de dos funciones: la de la exégesis —para quienes ya se han iniciado y recibido su unción profética y traducen la verdad encriptada en la palabra para comunicárnosla

y hacernos partícipes de ella— o la de la copia —para quienes no han accedido a la casta sacerdotal y cumplen la misión de mantener vivo el mensaje a partir de su transcripción y citación recurrente—. Estas posiciones clausuran las vías de crítica y enriquecimiento teórico. Además, desde esta perspectiva se desconoce la historia de discontinuidades, impases y controversias que atraviesan la producción psicoanalítica bajo la pretensión de que alguien —uno— ha logrado decirlo todo y decirlo bien, al punto de que se torna innecesaria la recuperación de sus fundamentos o la lectura de sus fuentes.

Un extravío de esta índole solicita vencer las cerrazones que se ponen de manifiesto, advirtiendo que las teorizaciones conllevan de forma implícita un procedimiento de construcción de hipótesis, de validación de enunciados y de transmisión de conclusiones que modulan nuestros intercambios y distribuyen sutilmente el saber tanto como el poder.

Por otro lado, una segunda formación sintomática puede notarse en cierto eclecticismo que, partiendo de una concepción ingenua del conocimiento, despliega una propuesta acumulativa que concibe a la teoría como una sumatoria en la que se recolectan contribuciones fragmentarias que presuntamente podrían conjugarse, sin reconocer el hiato existente entre los diferentes modelos psicoanalíticos de comprensión del sujeto psíquico. En este caso, las referencias conceptuales se yuxtaponen en una combinatoria de débil coherencia que propicia un empobrecimiento de la densidad metapsicológica de las categorías, forzando continuidades o imputando equivalencias que eliden sus fundamentos, descontextualizan sus implicaciones y liquidan el espesor de la trama en la que cada noción se inserta. Esto no implica renegar del pluralismo en los diversos desarrollos teóricos psicoanalíticos, sino afirmar que en las distintas conceptualizaciones pueden rastrearse exigencias compartidas en términos de intereses, experiencias o preocupaciones clínicas, pero esto no habilita a afirmar un campo semántico común.

Las consecuencias de esta situación epistémica afectan severamente las condiciones de la formación analítica y de la producción de conocimiento. El desarrollo de hipótesis adventicias, enunciados *ad hoc* y conclusiones apresuradas que procuran emparchar transitoriamente las anomalías internas del edificio conceptual requiere ser trabajado. Se trata de sostener los paradigmas de base, sometiendo nuestros enunciados a la prueba metapsicológica y clínica, y desprendernos del lastre de formulaciones que ya no solo resultan precarias, sino francamente insostenibles (Bleichmar, 2005).

Hacia el final de su obra, Freud (1933/1999d) afirma:

El psicoanálisis nació como terapia; ha llegado a ser mucho más que eso, pero nunca abandonó su patria de origen [...]. Los fracasos que experimentamos como terapeutas nos ponen una y otra vez delante de nuevas tareas, y los reclamos de la vida real constituyen una eficaz defensa contra la hipertrofia de la especulación que, sin embargo, nos resulta imprescindible en nuestro trabajo. (p. 140)

Esta indicación nos recuerda que nuestras herramientas teóricas están en el sustrato de nuestras posibilidades de operar sobre el campo de realidades a las que nos enfrentamos. Se sitúa en este marco un tercer síntoma de la formación analítica: el desacople entre teorías y prácticas. Esta fractura puede percibirse en la separación entre metapsicología y clínica, como si pudieran cultivarse como dimensiones autónomas —inclusive en una pretendida oposición entre quienes otorgan primacía a una, subestimando a la otra—, o entre discursos y prácticas concretas. En función de ello, no es infrecuente el reclamo de quienes se encuentran en formación, ya sea de que las categorías y modelizaciones teóricas hipertrofian la especulación sin aportar a la orientación específica de las intervenciones, ya de que los abordajes concretos quedan librados a la

intuición espontánea ante la carencia de un andamiaje teórico que los sustente.

Como señala Jean Laplanche (1990), nuestro descriptivo —modelo teórico del sujeto psíquico— determina el prescriptivo —campo de la práctica en términos de intervenciones y estrategias animadas por el método—:

El psicoanálisis es desde luego un conocimiento: en este sentido es una «teorética» (más que una teoría); pero es también cierta práctica, cierta transformación del hombre [...]. La teorética, tal como yo la opongo a la práctica, incluye tanto los modelos con su nivel de abstracción como esa descripción al ras del campo florido a la que se quiere reducir en muchos casos la clínica. La práctica es siempre otra cosa, es siempre un acto, es siempre algo prescriptivo [...]. Es algo radicalmente diferente de una técnica pura y simple, y también de una regla moral. (p. 62)

Tanto la producción teórica como la praxis, y su respectiva transmisión, nos revelan la dimensión del obstáculo como inherente a nuestro quehacer. El trabajo analítico se despliega en una espiral que aspira a vencer los obstáculos clínicos —las resistencias— que se despliegan a ambos lados del diván. Resistencias que, del lado de quienes offician como analizantes, obturan el saber acerca de lo inconsciente y, en quienes operamos como analistas, entorpecen la escucha y conducen a una mecanización de las intervenciones.

Gastón Bachelard le imprimió a la noción de obstáculo epistemológico una valencia semántica que puede resultar incitante para pensar los progresos, estancamientos y retrocesos que podemos advertir en nuestras formulaciones y prácticas. Bachelard (1972) sostiene que tales estorbos no deben ser concebidos como impedimentos externos, sino que es en el acto mismo de conocer donde aparecen, íntimamente, dichos entorpecimientos y confusiones:

El conocimiento de lo real es una luz que siempre proyecta alguna sombra. Jamás es inmediata y plena. Las revelaciones de lo real son siempre recurrentes. Lo real no es jamás «lo que podría creerse», sino siempre lo que debiera haberse pensado [...]. En efecto, se conoce en contra de un conocimiento anterior [...]. Frente a lo real, lo que cree saberse claramente ofusca lo que debiera saberse. (Bachelard, 1972, pp. 15-16)

Una traba de esta naturaleza debilita tanto las posibilidades de creación del pensamiento psicoanalítico como la fertilidad de sus instrumentos clínicos. Una formación que pueda estar a la altura de la contemporaneidad, fracturando los encorsetamientos de los hábitos y expresiones rutinarias, requiere poner bajo caución las fórmulas canónicas que poseen ya un escaso valor explicativo y recuperar la pasión que estimula la pregunta productiva: saber para interrogarse mejor. Esta verdadera exigencia de trabajo supone una depuración de los conceptos para despojarlos de las aporías y callejones sin salida acumulados a lo largo de la historia, y un análisis de los mecanismos autoinmunes —sugerente figura introducida por Jacques Derrida (1998)— con los que ciertos sectores rechazan la propuesta de nuevas interrogaciones o maquillan de originalidad las viejas respuestas sin someter a prueba los presupuestos de partida.

No resulta una novedad que las presentaciones clínicas del padecimiento psíquico hayan experimentado una alteración. La inquietud acerca de las presuntas nuevas patologías y de los cambios en las presentaciones sintomáticas, recurrentemente presente en las preocupaciones de quienes se aproximan a la formación analítica, no puede reducirse a una mera problemática técnica ni a una preocupación impuesta por el mercado de las psicoterapias, sino apuntar a la ampliación del campo de nuestros conocimientos e intervenciones. Metapsicológicamente podemos entender que las formas de funcionamiento psíquico en las que se produce una dominancia de los procesos de desligazón resultan sintónicas con una

desregulación del goce apuntalada en ciertos imperativos sociales. La voracidad, el ejercicio pulsional desligado y la inmediatez en la búsqueda de un desahogo superficial confluyen con discursos de época que prometen la satisfacción por la vía corta del consumo. Sosteniendo la motivación libidinal del padecimiento anímico y sus determinaciones intrapsíquicas, no podemos desconocer la incidencia de las condiciones históricas como uno de los polos que participan del conflicto o como factores que intervienen en la cristalización de sus fallas.

Freud (1910/1999b) ya indicaba: «la técnica analítica tiene que experimentar ciertas modificaciones de acuerdo con la forma de enfermedad y las pulsiones que predominan en el paciente» (p. 137). Esta sugerencia permite expandir el campo de los instrumentos analíticos para incluir otros que resultan preparatorios o complementarios de la interpretación. Ante ciertas formas actuales de sufrimiento, el proceso analítico no puede limitarse a la interpretación del deseo inconsciente o a la aplicación del método en tanto movimiento de deconstrucción de las formas espontáneas —defensivas— con las que el sujeto se ha representado una versión de su padecimiento. La exploración de nuevas alternativas no puede quedar al margen de los procesos de formación, más allá de los constreñimientos escolásticos, si se trata de potenciar la idoneidad de nuestro oficio.

En contraposición a cierta tendencia a la burocratización, profesionalización y repetición del modelo burgués de la atención clínica —sostenida en el estereotipo de las profesiones liberales que replican un sistema individualista, elitista y colonial—, quienes practican el psicoanálisis, y particularmente las generaciones jóvenes de colegas, se encuentran ante el desafío de introducir variaciones en el encuadre tradicional y empujar la creatividad hasta los límites. Múltiples experiencias, circunstancias y contextos amplían en extensión el campo de aplicación del psicoanálisis: dispositivos clínicos en centros de salud, que atienden poblaciones en

situación de vulnerabilización psicosocial y articulan tratamientos individuales con abordajes comunitarios; estrategias de abordaje en contextos de exclusión social por medio de dinámicas diversas (talleres, espacios lúdicos y artísticos, grupos de reflexión, acompañamientos terapéuticos); propuestas de trabajo analítico con personas en situación de encierro (detenciones en comisarías, cárceles e institutos de reclusión); intervenciones en instituciones (educativas, de protección y amparo o jurídicas) orientadas a víctimas de violencias y de vulneraciones de derechos; participación en programas y equipos interdisciplinarios que llevan adelante políticas públicas en el campo de la salud mental, entre muchos otros.

Esta proliferación de un psicoanálisis extramuros no siempre encuentra acogida en los recintos formativos, fuertemente inclinados a la salvaguarda del «psicoanálisis puro». En esas situaciones se torna notable la insuficiencia de una técnica que pretenda solazarse en supuestos principios inamovibles, como así también ciertas categorías conceptuales que entorpecen el entendimiento metapsicológico y promueven un engañoso consuelo bajo la forma de enunciados autocomplacientes que funcionan como coartada ante la angustia que genera la resonancia afectiva frente al padecimiento del semejante y son compatibles con la propuesta que reduce la presencia analítica a una mera función deshabitada de los sujetos reales que la encarnamos.

En función de ello, gran parte de los tratamientos actuales consisten en un complejo y costoso proceso para constituir un sujeto analítico, para crear las condiciones de analizabilidad que permitirán, eventualmente a futuro, la aplicación del método en sentido estricto. Se trata de instituir un sujeto de análisis en el marco mismo de un tratamiento que requiere previamente de procesos de recomposición subjetiva que permitan la operatoria interpretativa. El trabajo de ligazón y simbolización apunta a un equilibramiento menos sufriente de la economía psíquica que posibilite un posicionamiento diferente en relación con lo inconsciente.

Ya no parece posible permanecer a la espera de que el sujeto analítico habrá de instalarse por sí mismo, dando por descontada su condición *a priori*, sino que es necesario desplegar una serie de gestos instauradores que creen sus posibilidades de puesta en marcha. Esto supone, para los procesos formativos, reconocer que quienes practicamos el psicoanálisis no nos limitamos a ir al encuentro de un inconsciente que estaría allí desde siempre. En ciertas situaciones clínicas, nuestra intervención apunta a generar las condiciones de fundación de la tópica o su estabilización estructural, iniciando oportunidades de complejización psíquica para que lo pulsional encuentre un emplazamiento más o menos definitivo en el marco de un psiquismo abierto a lo real y sometido al traumatismo y al *après-coup*.

Pensar al espacio analítico como lugar privilegiado de producción simbólica nos lleva a considerar la oportunidad de construir ligámenes y sistemas representacionales capaces de transformar la repetición en novedad, de dar origen a nuevas vías simbolizantes que alejen al sujeto de una inercia mortificante. En los bordes de la técnica y de los dispositivos podemos ubicar un psicoanálisis de frontera: en los límites de la tópica psíquica, en los márgenes de la relación intersubjetiva con el semejante, en el filo entre lo individual y lo colectivo.

LA TRANSMISIÓN PSICOANALÍTICA: DEVENIRES Y PORVENIRES

En el prefacio a *Filosofía del Derecho*, Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1968) ofrece una de las metáforas más bellas de la historia de la filosofía: «cuando la filosofía pinta el claroscuro, ya un aspecto de la vida ha envejecido y en la penumbra no se lo puede rejuvenecer, sino solo reconocer: el búho de Minerva inicia su vuelo al caer el crepúsculo» (p. 37).

El búho de Minerva, diosa de la sabiduría, despliega sus alas en el ocaso. No solo la filosofía, sino toda teoría —incluido el psicoanálisis— llega en cierta medida a destiempo. Irremediable retraso del pensamiento y del discurso como significación de lo real e irreductible imbricación del sujeto y de la empresa científica con el tiempo y la historia. Y si se trata del inconsciente, objeto de nuestra disciplina, aún más, ya que solo permite un cercamiento parcial, una aproximación asintótica que se sustrae en el mismo punto en que se supone conocido.

A pesar de la propagación de una cierta deshistorización y despolitización del psicoanálisis que se emparenta con el pretendido triunfo del estructuralismo formalista, encaminamiento igual de sintomático como los que ya hemos mencionado, la práctica analítica no puede desanudarse de las condiciones históricas en que se desenvuelve y de los complejos procesos de producción de subjetividad que derivan del imaginario social y sugieren nuevos desafíos e interrogaciones. En este sentido, si bien operamos sobre fenómenos existentes, nos interesa producir transformaciones, anticipar posibles desenlaces, mitigar los efectos de lo ya acontecido e incluso inaugurar procesos de neogénesis para construir lo no constituido.

Abordar las mudanzas que se producen en los ideales y discursos dominantes en nuestra época confronta, en numerosas ocasiones, al psicoanálisis y a sus practicantes con el riesgo de reproducción de las significaciones hegemónicas. La perspectiva de la historicidad configura una escena de interpelación que nos incita a identificar en nuestro trabajo el «conjunto de circunstancias que a lo largo del tiempo constituyen el entramado de relaciones en las cuales se inserta y cobra sentido» (Girola, 2011, p. 17). La formación psicoanalítica también responde a un régimen de historicidad (Delacroix et al., 2010), y situarla sincrónica y diacrónicamente en la urdimbre de coordenadas (sociales, culturales, políticas,

lingüísticas e ideológicas) en las que se inscribe permite cuestionarla, deconstruirla y analizarla en sus múltiples determinantes.

El devenir de la formación analítica no debiera excluir la aprehensión de los modos plurales de subjetivación en el presente. Este discernimiento demanda comprensión de sus composiciones, respeto por las particularidades de su conformación y consideración de los padecimientos a los que se ven sometidos los sujetos concretos. El psicoanálisis no puede, entonces, incrementar los sufrimientos que los ideales sociales provocan sustituyéndolos por otros no menos normativizantes y disciplinarios, aunque parezcan legitimados por sus desarrollos conceptuales. En esta encrucijada ética se plantea la exigencia de una toma de posición que implica respuesta y responsabilidad (Laplanche, 2001).

La praxis psicoanalítica, como actividad práctico-poética (Castoriadis, 1999), adquiere una dimensión política ineludible en la medida en que se engarza con el magma de significaciones instituyentes de la sociedad. Sus categorías definen esferas de inteligibilidad que visibilizan o invisibilizan fenómenos humanos. Por ello, la supervivencia de prejuicios revestidos con ropajes científicos y la reproducción de lógicas que liquidan las multiplicidades (Fernández, 2007) refuerzan la clausura de las significaciones imaginarias y la subordinación a los fines del control social. La teoría psicoanalítica denuncia los malestares que la civilización provoca al someter a los sujetos a un imperativo adaptacionista y normativo, y no debe quedar adherida a la moral sexual cultural transformándose en ocasión del padecimiento que aspira a resolver. Como sostenía Marie Langer (apud Sinay, 2008):

la realidad social se filtra, en el proceso analítico, a través del discurso del paciente, pero también a través de las interpretaciones, lo quiera o no el analista. Su «neutralidad» no existe, porque nadie puede ser realmente neutral: eso es una ficción. Ahora bien, que esta ficción haya sido postulada por Freud y se haya mantenido para muchos analistas como

válida y posible hasta ahora es, en sí, manifestación de una ideología conservadora. (p. 125)

Nuestro oficio adopta un carácter francamente artesanal que nos compromete en términos de implicación. El análisis de esta implicación no puede relegarse como un aspecto marginal de la formación, ya que define el emplazamiento ético frente al semejante humano, y no solo el «bien hacer» en sentido técnico. Devolver a la transferencia su medida humana, su vectorización en torno a la asimetría constitutiva que emplaza al sujeto con relación al enigma, el reconocimiento intersubjetivo que se despliega a partir de la presencia y acogida benevolente de quienes nos ubicamos como analistas también representa una ocasión de vivificar la formación analítica en su horizonte ético, sin reducirla a las distintas imaginarizaciones que pueda asumir en términos posesión y distribución del saber y del poder:

La experiencia analítica, por su supuesto mismo, instala las condiciones que permiten que los conocimientos respectivos de los dos sujetos en presencia se transformen en un conocimiento nuevo, compartido, que no será ni la pura reasunción del saber teórico del analista, ni la reasunción, por este último, de una versión singular que él transformaría en una teoría universal de la que se pretendiera el inventor. A este intercambio de los «conocimientos» es preciso agregar el que se produce en el registro de los afectos y de su complementariedad. (Aulagnier, 1986, p. 22)

La clínica contemporánea reclama una apertura permanente de nuestra escucha, no solo para acoger la palabra de las personas que nos consultan en su singularidad, sino también para examinar nuestros discursos y representaciones —de género, raza, etnia y clase, entre otras—. Y esto también debe entretetarse con el campo de la formación, recogiendo las

inquietudes de las nuevas generaciones, los entrecruzamientos con las perspectivas de género y de derechos humanos y la salida de una tendencia a la endogamia que malogra los diálogos e intersecciones con otros campos del conocimiento.

Finalmente, el porvenir de la formación psicoanalítica se proyecta en la cadena de las generaciones. Un itinerario formativo es también la apropiación de un legado, la inscripción en una genealogía, la puesta en cuestión de lo recibido y su relanzamiento en nuevas direcciones. Como bien recuerda la sentencia de Goethe, tantas veces citada por Freud, la asunción de una herencia exige trabajar para ganársela.

La transmisión intergeneracional siempre se establece sobre la base del trasvasamiento amoroso. El reconocimiento del don recibido es necesario para poder dar e inaugura el circuito de la gratitud y de la deuda. La vigencia de nuestra praxis solicita que la inteligencia de las nuevas generaciones que se acercan a la formación no termine fagocitada por la codificación burocrática, la fabricación de significaciones convencionales y la alienación en transferencias devocionales. La apertura del enigma y la pasión compartida pueden incitar el entusiasmo, la curiosidad y el deseo, tan necesarios para mantener vivo nuestro oficio.

§

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AULAGNIER, P. (1986). *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Amorrortu.
- BACHELARD, G. (1972). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. Siglo XXI.
- BLEICHMAR, S. (1996). Un psicoanalista en el 2050. *Topía*, 6(16), 45-50.

- BLEICHMAR, S. (1999). La acumulación no necesariamente es riqueza. *Topía*, 9(27), 17-19.
- BLEICHMAR, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Topía Editorial.
- CASTORIADIS, C. (1999). *Figuras de lo pensable*. Cátedra.
- DAGFAL, A. y GONZÁLEZ, M. E. (2012). El psicólogo como psicoanalista: problemas de formación y autorización. *Intersecciones Psi*, 2(5), 12-18.
- DELACROIX, C., DOSSE, F. y GARCÍA, P. (2010). *Historicidades*. Waldhuter Editores.
- DERRIDA, J. (1998). *Resistencias del psicoanálisis*. Paidós.
- FERNÁNDEZ, A. M. (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Biblos.
- FREUD, S. (1999a). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En *Obras completas* (vol. XII, pp. 107-120). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913.)
- FREUD, S. (1999b). Las perspectivas futuras de la terapia analítica. En *Obras completas* (vol. XI, pp. 129-142). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910.)
- FREUD, S. (1999c). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras completas* (vol. XX, pp. 165-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926.)
- FREUD, S. (1999d). 34.^a conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones. En *Obras completas* (vol. XXII, pp. 126-145). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933.)
- GIROLA, L. (2011). Historicidad y temporalidad de los conceptos sociológicos. *Sociológica*, 26(73), 13-46.
- HEGEL, G. W. F. (1968). *Filosofía del Derecho*. Claridad.
- LAPLANCHE, J. (1990). *La cubeta. Trascendencia de la transferencia. Problemáticas v*. Amorrortu.
- LAPLANCHE, J. (2001). *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Amorrortu.
- SINAY, X. (2008). *Marie Langer. Psicoanálisis y militancia*. Capital Intelectual.